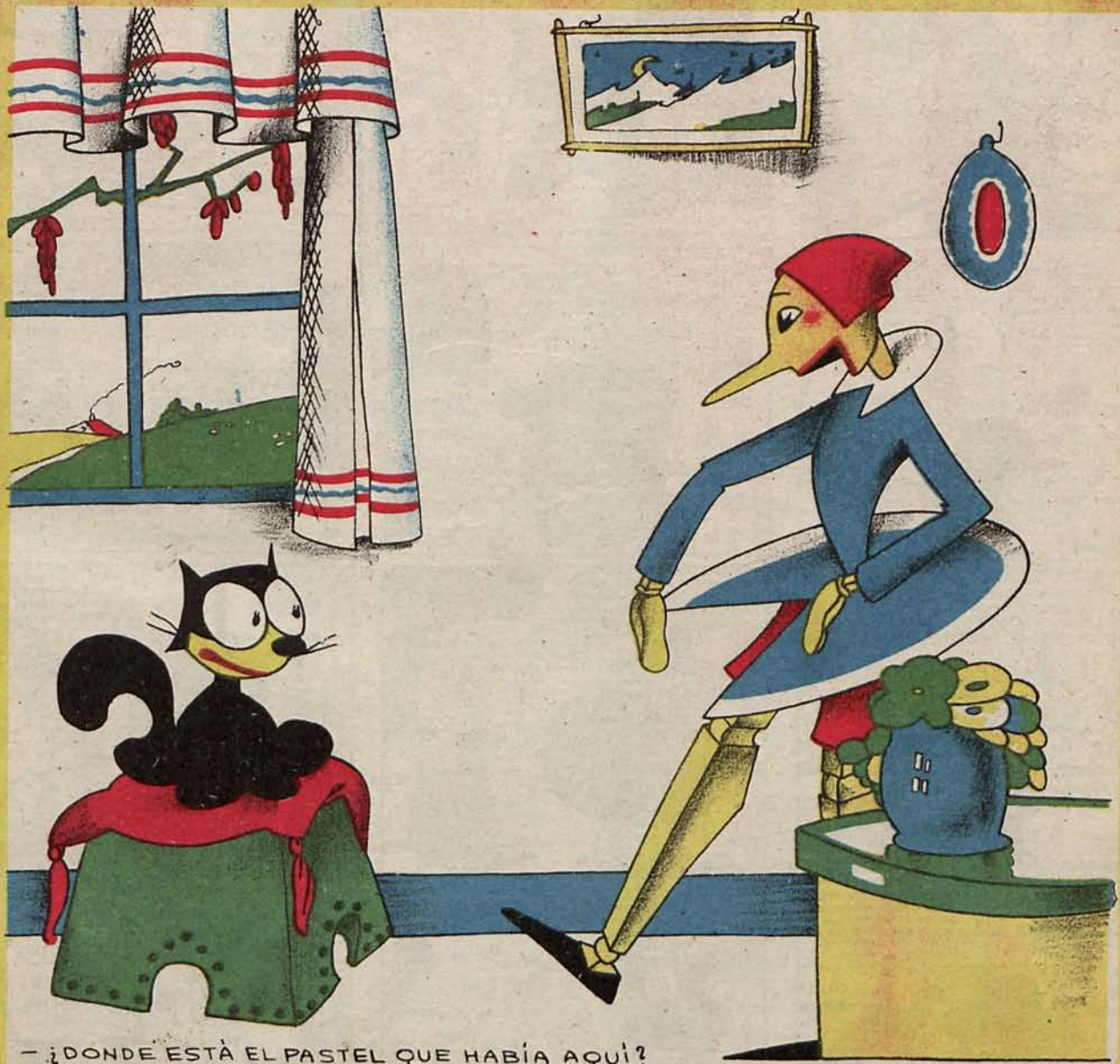


# PINOCHO

AÑO V  
NUM. 234

25 cts

11 AGOSTO  
1929



- ¿DONDE ESTÁ EL PASTEL QUE HABÍA AQUÍ?
- ¡SE LO HE DADO A UN POBRECITO HAMBRIENTO!
- ESO ESTÁ BIEN: ¿Y QUIEN ERA ESE POBRECITO?
- ¡YO!



# PINOCHO



SEMANARIO INFANTIL QUE PUBLICA LOS DOMINGOS LA EDITORIAL «SATURNINO CALLEJA» S.A.-ADMINISTRACIÓN, CIERRE Y TALLERES: S. SEBASTIÁN.-ADMINISTRACIÓN, CORRESPONDENCIA Y SUSCRIPCIONES: MADRID, CALLE DE VALENCIA 28, APARTADO 447.-SUSCRICION: ESPAÑA Y AMÉRICA, AÑO 13 PTS. OTROS PAISES AÑO 23 PTS.

## La Tormenta y el Ciclón o Hazañas de Tin y Tón







# EL PARALELO 28°17'

POR C. GIOVANOLA Y A. N. BARBIERI

(Continuación)

—Creo entrever alguna luz en la densa oscuridad que nos circunda. Tengo

tales informes, tales indicaciones, tales noticias, que por extrañas y casi diría extraordinarias que parezcan, nos pueden explicar y justificar muchas cosas que hasta ahora nos habían parecido ininteligibles. Todavía, si por una parte aclaran, por otra no hacen sino complicar más aun el inextricable problema.

—¡Dí, cuenta, habla, explicate! Y ¿cómo has podido tenérmelas ocultas hasta ahora, siendo noticias tan extraordinarias?

—¡Hijo, por Dios, ten un poco de calma! Estos últimos días tú no eras un hombre sino una corriente eléctrica, que pasa y no se ve, que se siente pero que no puede uno parar. ¿Se puede platicar... con la corriente eléctrica?

—Pero ¡hombre! tú ya sabes que un atentado anarquista, en una ciudad como París, es un rayo... otro fenómeno eléctrico. No se tiene ni tiempo de respirar. Durante una semana no he hablado sino por medio del teléfono.

—¡Pues ya ves cómo no me era posible informarte de lo que tomas tan a pecho! Ahora que ha amainado el huracán, dispuesto me tienes a participarte los resultados de mis últimas indagaciones.

—Y yo soy todo oídos para escucharte.

—Recapitulemos, ante todo, los hechos que nos son conocidos. ¿Tú das por hecho que Larouchy no está en Egipto?

—Del modo más categórico. Sidi-ben-Omar es absolutamente extraño al hecho que nos interesa. No sólo carece de lo que los franceses

llaman *le physique du rôle*, <sup>(1)</sup> o sea, en nuestro caso, el aspecto del hombre destruido por la enfermedad y el remordimiento, que debería tener nuestro personaje, sino que, además, ninguna de las personas que le rodean, nada del ambiente en que vive y de los detalles que a una mirada escrutadora no podrían escapar, le acusa ni por soñación. Sidi no puede ser sospechoso. Yo estoy tan firmemente convencido de ello, que ni siquiera estimé necesario interrogarle de modo explícito sobre el particular, prefiriendo dejarle creer que motivos científicos tan sólo...

A propósito: él seguirá esperando que se puntualicen los trabajos para tus fantásticas excavaciones.

—Le he escrito ya la semana pasada. He inventado ciertos novísimos y minuciosos estudios de los que parece resultar que la famosa batalla se dió más al sudeste; y he añadido, incluso en nombre de todo el Consejo de la Sociedad Arqueológica, que lamentaba no poder pactar con él las convenciones para los futuros trabajos.

—¡Soberbio! —comentó el abogado sonriendo mientras encendía un cigarrillo— Siempre he dicho que tienes pasmosas aptitudes para la diplomacia. ¡Y tú no me desmientes! En todo caso, ese señor Sidi... y otras hierbas, ha merecido de sobra tu agradecimiento. A no ser por él, no se si hubieras salido de la choza donde aquellos dos bribones parecían tener intención de dejarte reventar de hambre.

—Te juro que ya estaba preparado a padecer el mismo fin del Conde Ugolino, sin el consuelo y la tortura de los hijos.

—Pero, dime. Del coloquio de aquellos dos dignísimos canallas ¿no has podido coger un

(1) El aire del oficio.



ademán, una palabra que te permitiera adivinar la región donde nuestro arrepentido se fué a sentar sus reales?

—Absolutamente nada.

—¿Y has oído realmente que Armagnac debía llegar allí antes que todos?

—Armagnac, sí.

—Ese Armagnac ha ido—¡fíjate bien!— a Nueva York, no a Méjico; y puesto que sus dos caros amigos deben reunirse con el otro compadre, el que persigue a Ralph, el...

—Fayollet.

—...Sí, Fayollet, resulta evidentísimo que todos se dirigen hacia las regiones asiáticas.

—O hacia el Africa austral.

—Y ¿cómo explicas entonces que Armagnac haya tomado el camino de América, que el señor del frac le haya seguido a Egipto y que el otro se haya marchado con nuestro colega hacia la India? Sería cosa de creer que, lo mismo que nosotros, nuestros adversarios desconocen el sitio en que Larouchy se oculta, y que para sus pesquisas se valen de indicaciones aun menos precisas que las nuestras.

—O bien que el comandante Armagnac adscrito al Ministerio de Marina y en ruta para América desde el 31 de Agosto, no tiene nada que ver con los granujas que nos persiguen.

—Hipótesis inadmisible, si a los detalles de la homominia y de la fecha de su partida, añades las noticias más recientes que voy a comunicarte y las informaciones que he practicado relativas a su carrera en la Marina.

—Oigámoslas.

—Antes de su venida a París, desempeñaba el cargo de comandante de la escuadra de Brest, grado que le fué conferido a consecuencia de una importante operación llevada a cabo «con tacto y energía», como dicen sus *Notas personales*, en Pondichery, en la India Francesa. Pero lo que no nos permite poner en tela de juicio la identidad de ese Armagnac que ahora tenemos, muy idealmente, cogido por las solapas, con el Armagnac del turbio asunto del

Arsenal, es el hecho de que, nueve años hace, era capitán adscrito al Arsenal de Tolón...

—¡Demonio! ¡Tus informaciones son preciosas!

—Y no dejan lugar a duda ¿te parece?

—No; es cierto. Con todo, sigue para mí siendo inexplicable su marcha a América.

—Mira, esa es una cosa que no acabo de entender por más que hago acrobáticos esfuerzos de suposiciones. No quisiera que surgiesen nuevas dificultades, obstáculos imprevistos, circunstancias mediante las cuales nuestra misión venga a resultar ineficaz. Toda esa jauría que quiere pisar los talones a nuestro amigo está justificadísima; pero ese Armagnac que se va a Nueva York justamente en la noche del 31 de Agosto, es para mí un misterio impenetrable.

—Y ya estás otra vez sumido en el más negro pesimismo. ¡Bah! no me parece lógico. Nuestra acción colectiva, pronta y simultánea, no puede menos de parar en algo. Uno de los nuestros está destinado a llegar antes que sus antagonistas.

Mientras acababa yo de pronunciar estas palabras, Galiani había pasado a su despacho que estaba contiguo al mío. Volvió de él un instante después, llevando una carpeta debajo del brazo. En la cubierta leí el rótulo: *Caso D'Alimand*.

Dejó en el escritorio la carpeta y sacó de ella unos papeles. Por su deterioro, reconocí en uno de ellos la media carta de Larouchy; a ella estaban unidos el planisferio trazado por Enrique, el fragmento de mi mapa de Egipto, y algunos apuntes referentes a mi viaje, y además, una larga carta de varios pliegos, y tres telegramas.

—¿De quién son?—pregunté, no bien los hube divisado.

—La carta procede de Aden; los partes, de Bombay, de Buenos Aires y de Veracruz.

—Déjame ver.

—Aquí están. La carta es de Ralph, y está fechada...—prosiguió Franco recorriendo con la vista algunos de los folios que la componían—

(Continuará en el próximo número)





# COLORÍN y su PANDILLA







(Continuación)

caravana para impedirle que huyese y vigilarle mejor. El joven hércules había soportado con entereza

el suplicio que le habían inflingido, pero llevaba la espalda y espino cubierto de heridas y de sangre coagulada en la que bullían multitud de moscas malignas.

El esclavo aparentaba haberse resignado a su triste situación. No hablaba con nadie, pero cuando veía pasar cerca de él al árabe le dirigía miradas que infundían pavor.

Durante dos largas semanas marchó la caravana a través de aquellas inmensas florestas ricas en baobabs de colosales dimensiones, sicómos y palmeras cargadas de dátiles. Mas una tarde acamparon a orillas de un ancho río que servía de frontera al país de los Asciantes con el reino de Dahomey, país que Sango conocía muy bien; pues tenía parientes en una gran población no lejana de allí.

Cenaron apenas con un poco de sorgo malamente molido y amasado y en seguida los negreros dispusieron centinelas en torno del campamento, más no tardaron en dormirse pues estaban seguros de que ninguno de los esclavos intentaría escapar.

A la media noche todos dormían excepto los centinelas, incluso los dos guardianes encargados de la custodia personal de Sango.

Este fingió que también dormía. Reconoció perfectamente aquel río y pronto hizo el propósito de evadirse y reunirse con sus parientes.

Cuando se convenció de que los guardianes rendidos por la caminata roncaban ya a pierna suelta, con un esfuerzo hercúleo rompió las cuerdas que le ataban los brazos y después se deslizó muy cautelosamente en dirección de la tienda de campaña en que descansaba el jefe árabe.

Le quitó el cuchillo a uno de los centinelas sin que llegara a apercibirse de ello y se lo escondió en la cintura.

Sango quería fugarse y además vengar la muerte de su pobre y vieja madre, asesinada por la crueldad de aquellos feroces negreros.

Con infinitas precauciones atravesó el campo sin llamar la atención de ninguno de los esclavos ni de los negreros y se presentó sin que nadie le viese ante la cabaña o tienda del jefe árabe la cual carecía de paredes.

El viejo tenía el oído muy fino y sin duda notó que alguien intentaba entrar, más como todo lo podía temer de parte de los esclavos, se incorporó en seguida y alcanzó con su mano un hacha.

Una sombra se le plantó de pronto frente a él, en tanto que una voz terrible le decía con odio mal contenido:

—¿Me conoces?

—¡Sango!—exclamó el árabe retrocediendo rápidamente.

Comprendiendo que era ya perdido, se abalanzó sobre el negro con el ímpetu de una fiera creyendo cogerle desprevenido.







Pero Sango estaba en guardia.

Con un movimiento fulmíneo esquivó el cuerpo hacia un lado soslayando un hachazo que le hubiera partido el cráneo: después agarró al árabe y lo clavó en el suelo con una tremenda cuchillada.

—Mi madre está ya vengada—dijo el negro.

Se apoderó de las dos pistolas de su adversario y se lanzó fuera de la tienda. A pocos pasos de él encontró a un pequeño negro de doce años que había perdido a su madre y padre durante el asalto a su aldea.

El pequeño había oído el estertor del moribundo árabe y se levantó. Viendo a Sango que pasaba por su lado adivinó lo que había pasado.

—¿Te escapas?—le dijo.

—Sí, Bani—contestó el negro.

—Llévame contigo: quiero compartir mi suerte con la tuya.

—¡entel—le dijo Sango—Tú eres otro huérfano como yo.

Ninguno de los guardianes se había percatado de la evasión de Sango. Todos dormían aun en el campamento. Sango agarró al jovencuelo y se lo montó sobre los hombros para no dejarlo atrás en el caso de que fuesen perseguidos.

—Te recomiendo que no hables ni una palabra si no quieres perder la vida.

No era tan fácil atravesar por el campamento sin ser visto, a causa de los numerosos centinelas que velaban en sus alrededores pero Sango confiaba mucho en su destreza y en su buena suerte.

A paso de lobo atravesó el campo y viendo en la obscuridad una sombra humana apoyada en una larga lanza, se tendió cuan largo era en el suelo y mandó al muchacho que hiciese lo mismo.

—¿Nos vamos a volver?—dijo el muchacho con voz temblorosa.

—¡No!—contestó Sango resueltamente—Iremos hacia adelante a pesar del centinela.

Miró a diestro y siniestro y no viendo a ningún negrero más por aquel lado avanzó poquito a poco arrastrándose como una serpiente. El negrito, menos temeroso ya, viendo la calma de su compañero le seguía procurando no hacer ningún ruido.

Pocos minutos después los dos fugitivos se hallaban a la orilla del río.

El agua parecía que venía muy crecida y corría velozmente.

Pero en aquel momento no cabían las vacilaciones.

—¿Sabes nadar?—preguntó Sango al muchacho.

—No,—contestó éste.

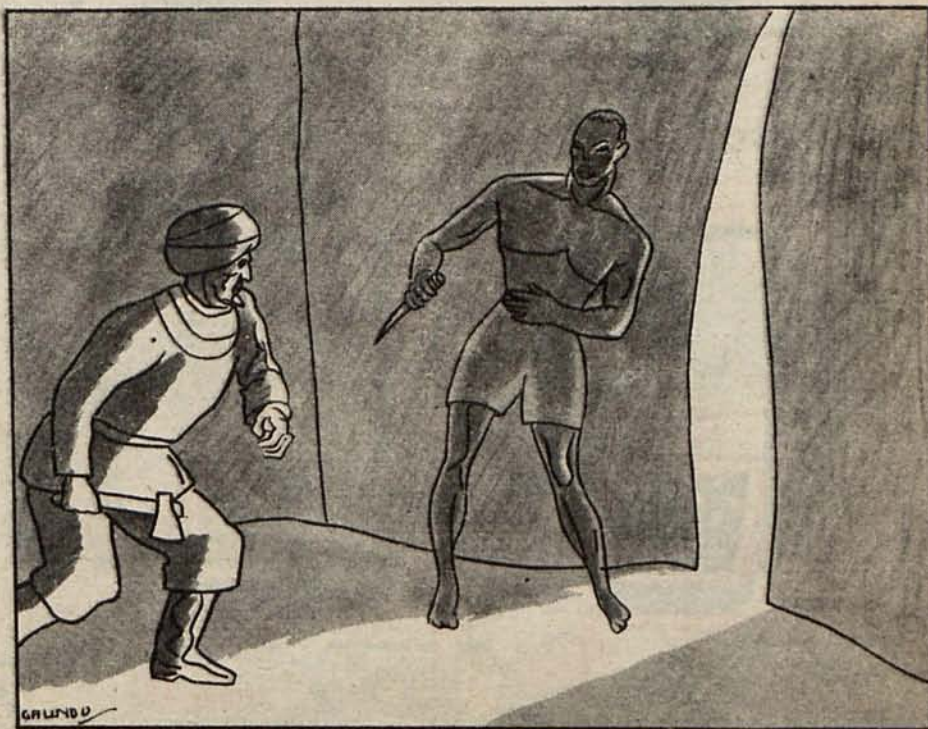
—Pues te llevaré sobre mis hombros. Encárgate tu solo de mantener en alto las pistolas y cuida que no se mojen. Yo haré lo demás.

Iba a meterse en el agua cuando notó cerca de sí un cierto olor a almizcle. Retrocedió cautelosamente mirando por entre las cañas que crecían en la orilla.

—Ahí dentro hay algún cocodrilo escondido—dijo al negrito que le interrogaba.

En aquel mismo momento se oyó un gran ruido de voces y gritos en dirección del campamento que habían abandonado y entre ellos algunos disparos.

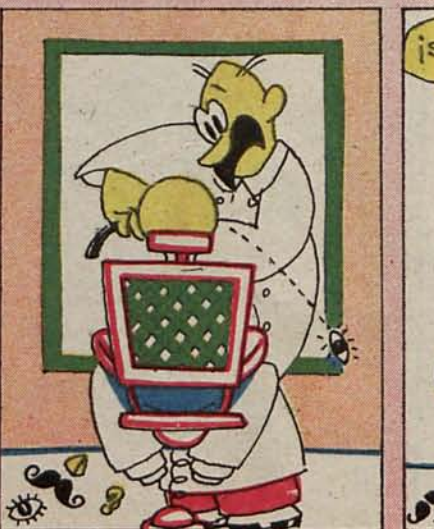
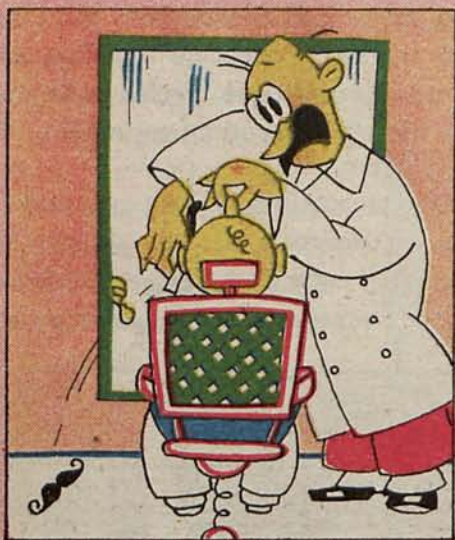
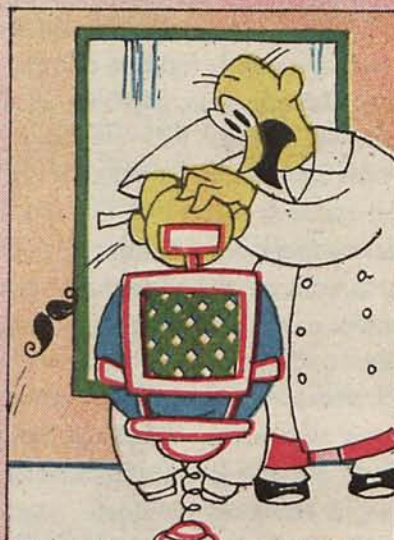
*(Continuará en el próximo número)*







# DE COMO PASAN EL RATO CURRINCHE Y D. TURULATO

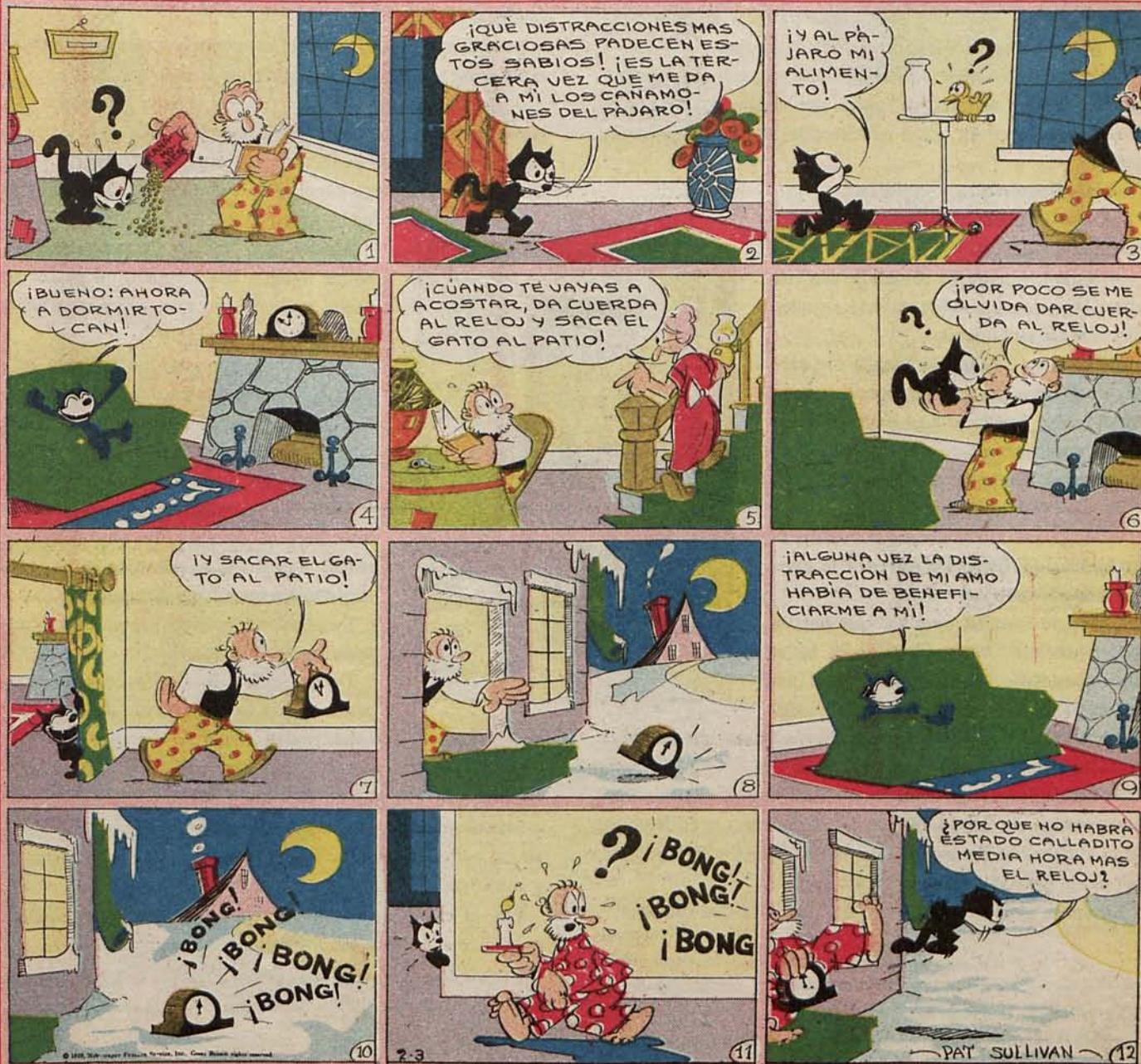




**LAURA**  
LA  
COTORRA  
INDISCRETA



## PACO MORRONGUIS, EL GATO TRAVIESO





# CUENTOS DE CALLEJA

## LA RATA GRIS

Cashillo

**V**IVÍA en una espaciosa quinta un hombre viudo, que se llamaba Prudente, en compañía de una hija que llevaba el nombre de Rosalía. Prudente era hombre rico, y su quinta estaba rodeada de un bosque y formada de jardines.

A la extremidad de uno de ellos había un pequeño pabellón que no tenía ventanas, de modo que recibía la luz por el techo: para entrar en aquel pabelloncito había una pequeña puerta.

Un día Rosalía dijo a su padre:

—Dame la llave del pabellón, pues necesito una regadera.

—Hija mía—contestó Prudente con voz alterada—, en el pabellón, no hay regaderas: búscala en la estufa.

Muy contrariada quedó Rosalía con esta negativa, pues era muy curiosa; y aunque varias veces preguntó a su padre qué era lo que encerraba el pabellón, siempre se excusaba de contestar a la pregunta.

Un día Prudente dijo a su hija:

—Tengo que ausentarme por veinticuatro horas: aquí tienes las llaves de la casa, por si algo ocurriese.

Las cogió Rosalía; pero vio que faltaba la del pabellón. Mientras el padre hacía los preparativos del viaje, notó Rosalía que en un velador estaba la llave; la ocultó con un libro, y no salió de la estancia hasta que su padre montó a caballo y se fué a sus negocios.

No bien desapareció Prudente, Rosalía, sin acordarse de las advertencias de su padre que le prohibían ser curiosa, se llegó al pabellón. Antes de meter la llave en la cerradura miró por el ojo de la misma; pero no vio nada.

Entonces aplicó el oído, y oyó una vozecita, que cantaba:

—¡Estoy prisionero  
Y solo en la tierra!  
¡Bien pronto la muerte  
Me vendrá a buscar!

—¡No hay duda—dijo Rosalía—; aquí hay algún infeliz a quien mi padre tiene encerrado!

Sin vacilar entreabrió la puerta y desde ella preguntó:

—¿Quién sois?

—¡Entrad, Rosalía: os diré quién soy y otras cosas que os interesan!

Rosalía entró; pero en aquel momento una rata gris se escaulló entre sus pies y salió, al mismo tiempo que decía:

—¡Rosalía, me has salvado! ¡Yo soy el hada Detestable! Tu padre me tenía presa, y no podía salir si su hija no cometía la falta en que acabas de incurrir por curiosidad. Ahora, ya en libertad, me propongo hacer todo el mal que pueda, tanto a tú padre como a ti.

Mucho lloró Rosalía su imprudencia, y sobre todo al día siguiente al volver su padre, a quien tuvo que confesar su falta.

El padre le dijo entonces:

—No sabes, hija mía, hasta dónde llega el perjuicio que nos ha ocasionado tu curiosidad. Esta hada podrá causarnos toda clase de desdichas hasta que cumplas dieciseis años; y si por tres veces caes en la falta que has cometido, siempre estaremos bajo el dominio de sus maléficos actos. Así, pues, enmiéndate, y ten presente lo que acaba de suceder.

Rosalía lloró mucho, y prometió la enmienda a su padre.

Desde aquel momento todo fueron desgracias en la casa. En virtud de los maleficios del hada Detestable, una noche se prendió fuego a la quinta, y tuvieron que salir huyendo Prudente y Rosalía.

Rosalía se dirigió a un bosque, y allí se quedó profundamente dormida. A la mañana siguiente una anciana que transitaba por el bosque por encargo de un Príncipe la encontró, y se la llevó a su casa.

Fué el caso que el hijo del Rey, que con gran comitiva cazaba en el bosque, vio a Rosalía, y se enamoró de ella.

Cuatro días después, hallándose Rosalía y la anciana a la orilla de un arroyo, vieron llegar una elegante dama, que acercándose dijo a Rosalía.

—Vengo perseguida. Aquí tienes esta cajita que guarda un







gran secreto. En tí confío: guárdala, y no la enseñes a nadie ni digas nada; pero sobre todo, abstente de abrirla.

Rosalía se quedó con la caja en la mano, y su primer impulso fué de curiosidad y quiso abrirla; pero la anciana le dijo:

—¡Guárdate, hermosa niña, de hacerlo, pues si lo haces, te ocasionará una gran desgracia!

Entonces Rosalía para evitar la tentación, la enterró en el bosque. Aquella tarde volvió el Príncipe seguido de su comitiva, y quedó más prendado de Rosalía que el día que la halló en el bosque. Convino con la anciana en llevarla a su palacio, presentarla al Rey su padre y casarse con ella.

Desde entonces todo fué júbilo y alegría para Rosalía.

\*\*\*

Al día siguiente el Príncipe debía ir a buscar; pero aquella noche Rosalía no pudo descansar: veía en su almohada a la ratita gris, y esto la espantaba, porque al mismo tiempo veía la cajita que la dama le había entregado.

Al siguiente día tuvo más que nunca deseos de ver el contenido de la cajita; pero al fin pudo vencer la tentación y marchó al palacio de su prometido.

El padre del Príncipe Gracioso, pues éste era su nombre, la acogió muy bien, habiéndole parecido sumamente hermosa.

Rosalía había llevado a Palacio la caja, y la había colocado en el cajón de una mesa, no separándose nunca de la llave.

El día de la boda se dieron grandes fiestas, y aquella noche se celebraría un gran baile en Palacio.

Después del banquete el Príncipe y Rosalía recorrieron los salones, y Gracioso dijo a Rosalía:

—Tengo preparada una gran sorpresa, que ha de gustarte.

—¿Cuál es?—dijo Rosalía.

—No puedo comunicártela hasta que termine el baile—contestó el Príncipe—Está allí, en aquel árbol.

Y le mostró uno cubierto por un gran lienzo.

Cuando Rosalía se quedó sola llegó al árbol a ver si por alguna hendidura podía des-

cubrir la sorpresa que querían darle; pero estaba perfectamente tapado.

En esto la ratita gris empezó a trepar por la tela, y con los dientes hizo un agujero por el cual podía verse el interior.

Aproximó Rosalía su sillón y se subió en él; mas como apenas se veía nada, agrandó el agujero. En aquel momento se oyó una horrible detonación, y, brotando llamas por todos lados, incendiaron el palacio, poniendo en precipitada fuga a todos los convidados.

Rosalía cayó desmayada, y al volver en sí se encontró a su lado al hada maléfica, que le dijo:

—¡Por dos veces has delinquido! Mañana cumples los dieciséis años. Si delinques por tercera vez, tu padre y tú me perteneceréis para siempre.

Rosalía lloró amargamente su desgracia, y prometió de nuevo la enmienda.

Apagóse el incendio, y el Príncipe Gracioso hizo grandes e inútiles esfuerzos para consolar a Rosalía.

Aquella misma noche volvió a aparecersele la ratita gris que le dijo:

—Todas tus penas pueden terminar si abres la cajita que te han confiado.

—¡Ya me guardaré bien de hacerlo!—dijo Rosalía—¡Escarmentada estoy ya por dos veces!

Al día siguiente a las doce hallábanse en el comedor de Palacio, cuando entró la dama de la cajita y le dijo:

—Rosalía, vengo a reclamar el depósito que te he hecho.

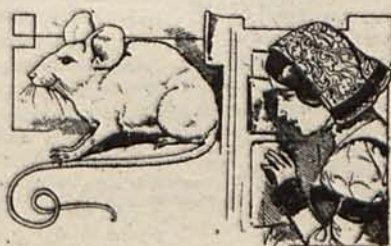
Rosalía corrió a buscar la cajita, y en el camino tuvo intenciones de abrirla; pero al fin se contuvo, y se la entregó a la dama. En aquel momento saltó encima de la mesa la rata gris y dijo:

¡El hada Benéfica me venció!

Y desapareció el hada maléfica.

Celebráronse de nuevo grandes fiestas, a las cuales asistió el padre de Rosalía, y se abrió la cajita misteriosa, en cuyo fondo apareció un papel que decía:

«La curiosidad inútil e indiscreta es un vicio funesto y antipático, que no ha de confundirse con el deseo de saber y de perfeccionar-e impulso propio de nobles espíritus».—FIN.







# ¿QUÉ QUIERES SABER HOY?



—Buenos días, curioso Chonón.

—Buenos días, querido buho.

—Parece que estás muy entusiasmado con la lectura.

Siento que tengas que interrumpirla para dedicar unos momentos de atención a nuestra charla. Con lo interesante que debe de ser eso que estás leyendo. No hay más que verte la cara para comprender la emoción que te produce la lectura.

—Es cierto. Estoy emocionadísimo. No tengo por qué disimularlo. La cosa no es para menos. Yo, cuando leo un libro de aventuras me constituyo en un personaje más de la novela. Participo de sus mismas emociones, corro todos los peligros, saboreo sus alegrías, y padezco sus inquietudes.

—Así es como más partido se saca a las lecturas.

—Cuando tú has llegado estaba leyendo un episodio emocionante. El corazón me latía de prisa. Quería llegar pronto al final de la extraordinaria aventura para salir de este estado de inquietud.

—¿Tan emocionante es el episodio?

—De los que ponen los pelos de punta. Imagínate dos niños perdidos en una selva, y que de pronto se les aparece un terrible león. Las criaturas se quedan petrificadas. El mismo espanto no les deja moverse ni aun siquiera llorar. El león, con un rugido especial, empieza a dar vueltas alrededor de los dos infelices niños. Parece que la tragedia va a consumarse de un momento a otro, pero al llegar al instante en que el feroz carnívoro parece que ha de atacar despiadadamente a las criaturas, el autor de la novela se conoce que se siente conmovido, y salva la angustiosa situación diciendo que los leones no atacan a los niños. Tú, que eres tan sabio, me dirás si tengo o no razón al aceptar con recelo lo que dice este autor. A mí me parece que la carne humana es un bocado exquisito para los leones, y que, en cuanto la huelen, no respetan sexos ni edades. Es como si me dijeran que un león se encontró con una señorita en la selva y que por galantería no se la comió. No lo creería yo tampoco.

—Pues no hay que mostrarse tan incrédulo, querido Chononcito. No anda ese autor tan descaminado como te figuras. La escena que tanta emoción te ha producido y que tan satisfactoriamente ha terminado para los pobres niños, puede muy bien haber ocurrido tal como me la has relatado.

—¿Entonces los leones respetan a los niños?

—Casos han sucedido que demuestran que esto es verdad.

—¿Tú sabes de alguno de ellos?

—Yo presencié un caso que a no verlo por mis propios ojos no lo hubiese creído. A tí, que sabes que yo no miento nunca, te lo referiré, para que te convenzas de que el respeto o consideración de los leones a los niños es un hecho real.

—Cuéntame, que me tienes intrigadísimo.

—Ocurrió este hecho hace ya bastantes años. Había ido yo a pasar una temporada con unos buhos amigos antiguos de mi casa, en un bosque muy cercano a las cataratas del Zambeza, en África. Próxima a donde nosotros estábamos había una casita de madera en la que vivía un colono con su familia.

Es región en la que se explota mucho la industria maderera y se ven frecuentemente grupos de indígenas a caballo señalando en los bosques los troncos que han de caer a tierra bajo el cortante empuje del hacha.

Uno de estos grupos había llegado a la casita y penetrado en ella a recibir

órdenes de su colono. Dejaron los caballos atados a sendas argollas que había junto a la puerta de entrada. Muy próximos a ella, los hijos del colono, que eran dos niños y una niña, los tres de muy corta edad, jugaban sentados en el suelo. De pronto, apareció un enorme león que pausadamente se acercó al grupo de los niños y con toda tranquilidad se echó a dos pasos de ellos. Las criaturas, distraídas con sus juegos, no se dieron cuenta de la presencia del temible huésped. Pero el león lanzó un largo rugido que oyeron los niños y los que estaban dentro de la caseta. El primer impulso de las infelices criaturas fué huir pero el padre, conocedor del instinto de los leones, se asomó apresuradamente a la puerta y les gritó: ¡Estaros quietos! ¡No os mováis de ahí que el león no os hará nada!

—¿Y tuvieron valor para estar quietos?

Temían mucho a su padre y esto les hizo quedarse inmóviles donde estaban. Rompieron a llorar, y el león al oír los lamentos, se levantó, acercóse junto a las criaturas y, alzando la cabeza, rugió varias veces, pero no los tocó siquiera.

Desde una de las ventanas de la caseta salió un tiro y la bala, pasando por encima de las cabezas de los niños, se clavó en un costado del león.

—Yo creo que esto fué una imprudencia. Si el león no se había mostrado agresivo me parece que hubiera sido mejor esperar a que se fuera. ¿No piensas tú lo mismo?

—Igual pienso que tú, querido Chonón. Pero el que disparó fué uno de los indígenas que, creyendo que su tiro iba a ser certero, no reparó en las fatales consecuencias que su imprudencia podía traer.

La fiera, al sentirse herida, saltó por encima del grupo de los niños y dando despavoridos rugidos penetró por la ventana de la caseta, se lanzó sobre su agresor y lo dejó medio destrozado en el suelo.

Los otros indígenas, parapetados detrás de los muebles, disparaban sus rifles contra el león, pero sólo consiguieron herirle. Salió éste por la puerta, pasó junto al grupo de los niños sin hacerles el menor daño y desapareció por el bosque dando quejidos del dolor que le producían las heridas.

Este episodio prueba bien claramente que los leones sienten algún respeto por los niños.

—Me parece que en esa ocasión no tendría mucho hambre el león; si no seguramente que no hubiese respetado niños ni nada.

—No está desprovista de fundamento tu suposición. Desde luego, un león harto de comida no es tan temible como uno hambriento; pero la pasión sanguinaria de estos felinos es tan cruel, que en muchos casos destrazan por instinto, por saborear el olor de la sangre, que siempre les gusta lamer. Si en esta ocasión el grupo hubiera sido de hombres, en vez de ser de niños, es seguro que el león, o no se hubiera acercado o, de hacerlo, hubiese atacado furiosamente contra ellos.

—No sabes cuanto me alegro de que sea verdad este respeto. Al fin y al cabo yo soy un niño y quien sabe si el día de mañana, en alguna de mis correrías, podré encontrarme cara a cara con un león.

—Pero es que el día de mañana, ese día a que tú pareces referirte, no serás ya un niño. Serás un hombre.

—Tienes mucha razón. Se me había olvidado que el tiempo nos hace envejecer. ¡Esta memoria mía me hace a lo mejor cada jugarreta!





# COLABORACIÓN PINOCHISTA

## DEL MES DE AGOSTO

Todos los Pinochistas pueden enviarnos dibujos e historietas para publicarlos en esta sección; pero es condición indispensable que cada trabajo venga acompañado de su cupón correspondiente. Todos los meses se conceden importantes premios a los mejores trabajos publicados.



Pinocho campeón  
por  
Ramón Méndez



Un cañón por E. Monerco,  
10 años



Mi perro Dick, y su amiga  
por Teresa García



Mi tía Pepa  
Carlos Salvador,  
9 años



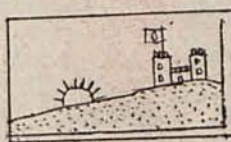
Mi prima Eulalia  
por P. L. T.



Un fenómeno  
por Juan Bofiel



Mi suegra  
por H. Serrano



Fuerte moro  
por F. Vilarino, 10 años



Pinocho holandés  
por  
Carmen Rodríguez



Un guardia  
por Ramón Jeraquemada



Tin  
por  
A. M. Fernández



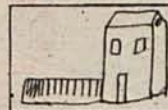
La costa  
por  
Salurnino Lorenzo Pérez



Un poli  
por  
Vicente Folgueras



Mi automóvil  
José Manuel Navarro  
3 años



Casa por  
Arturo Alonso



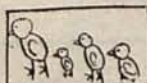
La Pandilla  
por  
Teófilo Maguran, 10 años



Ilustración  
por  
Joaquín Requena



Colorín  
M. Salisachs  
12 años



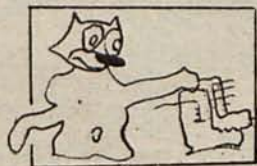
Mis pollitos  
por  
Pilar Omedes



¡Vaya mi blanco!  
por  
Joaquín Requena



La golosa  
José M. Navarro,  
5 años



Morronguis por  
Luis Andrada, 1 años



Mi mejor amigo  
por  
Mercedes de F. Bustillo



El borrico  
por Arturo Alonso



La Escoba Encantada  
es uno de los 8 tomos publica-  
dos en la preciosa Serie Bar-  
bilón de Cuentos de Calleja  
en colores.

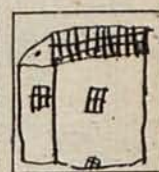
Precio UNA peseta.



Mi pantalla  
por  
G. Monasterio



Don Pelagio Recló  
por Marino García,  
12 años



Una casa por  
Luisa Carmona



Flores  
por J. Ortega



Gallina por  
María Antónieta Gómez  
11 años



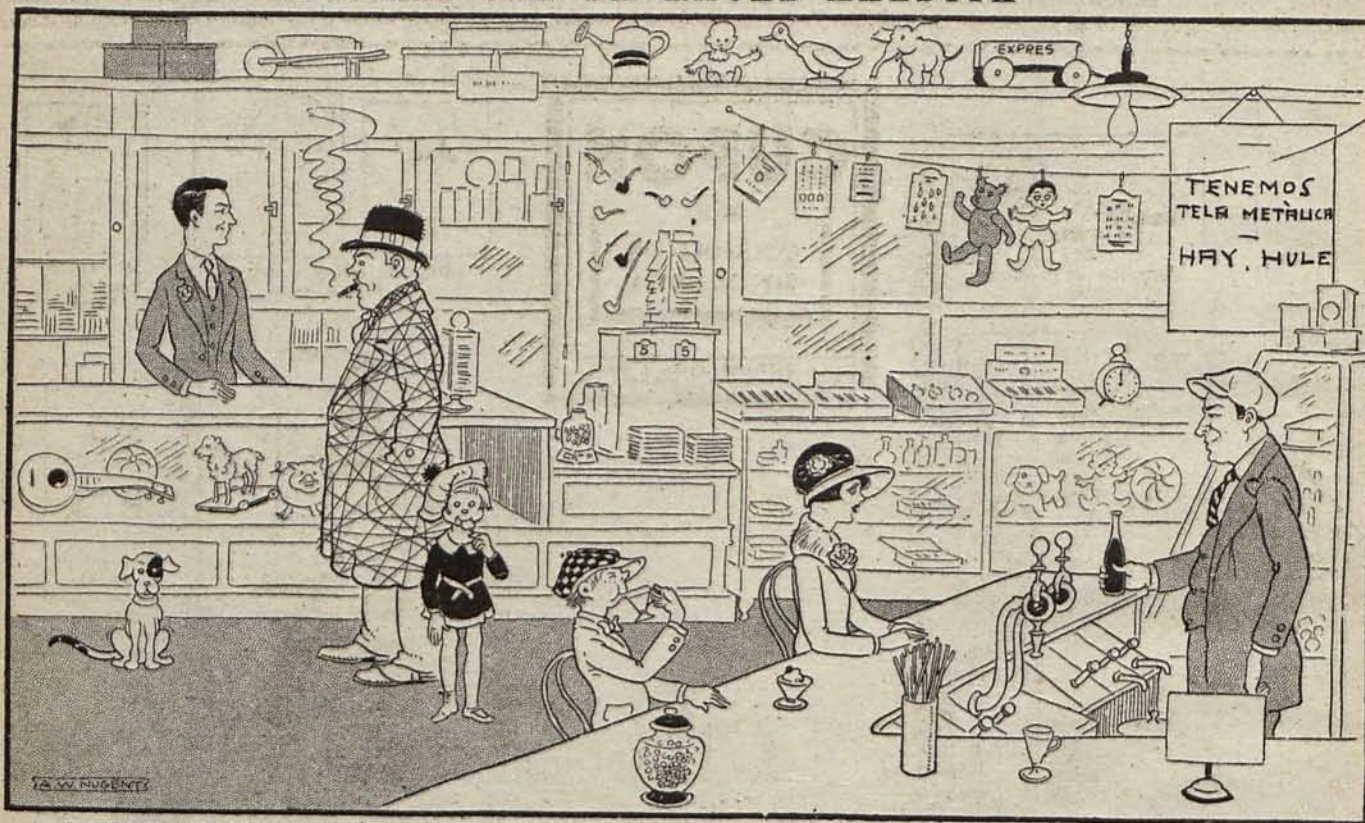
Una plantanera por  
Pedro Rodríguez



# CONCURSO DE PROBLEMAS Y PASATIEMPOS DEL MES DE AGOSTO.

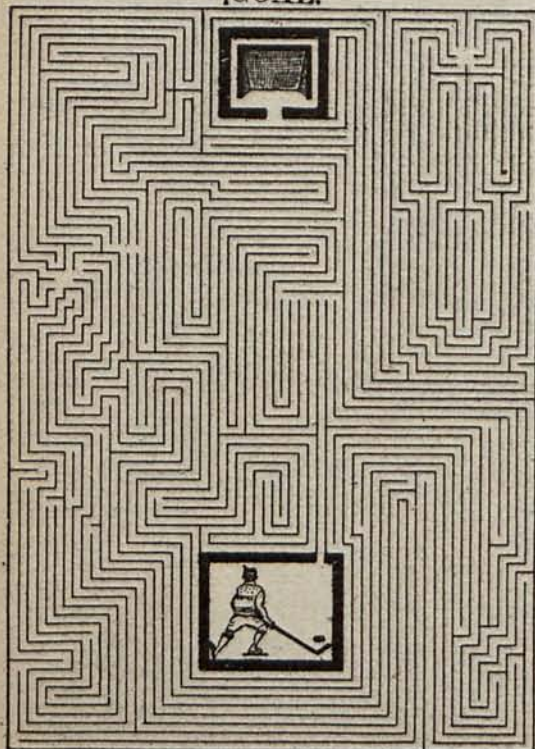
(Pueden tomar parte en este CONCURSO todos los Pinochistas. El Jurado adjudicará los premios y accésits con diploma entre los Pinochistas que nos remitan mayor y mejor número de soluciones.)

## OTRA VEZ LA HACHE MALDITA



Comprendo que hace mucho calor y que no os debéis calentar la cabeza pero no tengo más remedio que preguntaros lo siguiente: ¿Cuántas cosas que empiezan con h hay en el presente dibujo?

¡GOAL!



¿Qué camino tiene que recorrer la pelota para llegar al marco contrario?

## LOS PATITOS



Tres patitos se han extraviado en esta granja ¡Pobrecitos! ¡Ellos que no habían salido nunca de casa! ¡Están asustaditos! ¿Podéis ver dónde están?



# ANITA

## BUEN- CORAZON







# Sección Pirula

Charles de Pirula... cuentista

## SABINA EN SU ISLA

Vestida con un trajecito de cretona florida, muy parecido a los que os presenté el domingo último, y con sus sandalias de lona en la mano, Sabina está sentada en «su» isla.

Está completamente sola y la rodea por doquier el mar inmenso. Sin duda, ha naufragado el buque en el cual Sabina cruzaba el Atlántico; toda la tripulación ha perecido y ella, Sabina, se ha salvado en una tabla y se ha refugiado en una isla desierta.

Esto es horrible; ¿sabe Dios hasta cuando no pasará por el horizonte un

buque que vea sus señales y la recoja! ¿Sabe Dios si no será atacada por alguna tribu de salvajes, o por las fieras que deben de poblar las selvas vírgenes de la isla!

Pero la situación es un poco menos impresionante que todo eso; en realidad, Sabina está sola en su isla, porque no cabría nadie más, pues la tal isla está reducida a una roca que tiene a lo sumo un par de metros de diámetro.

Y no se ha refugiado en ella después de un naufragio, sino que ha llegado hasta ella... andando desde la playa, sencillamente. Claro que esto era a marea baja; ahora ya ha subido la marea y cuando Sabina quiera volver a la playa tendrá que mojarse... casi, casi, hasta las rodillas.

Mas, no importa; para Sabina, su roca es toda una isla y cuando está sentada en ella, rodeada de agua, se hace la ilusión de que es una princesita encantada que reina sobre una isla maravillosa en espera de que un héroe valeroso se logre salvar los obstáculos que la rodean, llegar hasta ella y, arrodillándose, le pida su mano. (Claro que el héroe tendría que arrodillarse en el agua, porque en la roca, no cabría).

Todas estas ilusiones, se las hace Sabina desde que yo le he contado el cuento de la princesa Perlina, soberana de la Isla Maravillosa, y del simpático Bienvenido.

¿Decís que no conocéis ese cuento? me lo figuraba; tan es así que me disponía ahora, precisamente, a contároslo. Ahí va:

### «La Isla Maravillosa»

Bien merecía su nombre, la Isla Maravillosa; allí todo eran maravillas, desde las piedras del camino que eran brillantes hasta el agua de los ríos que eran de oro líquido, y desde los árboles que tenían las hojas de raso y las frutas de terciopelo, hasta las casas que tenían las paredes de ópalo, las ventanas de plata transparente, y el techo de rubies.

Pero lo más maravilloso de la isla, era su soberana, la princesita Perlina que tenía un cutis de perlas, lucía siempre vestidos bordados de perlas, y se adornaba con alhajas de perlas, y vivía en un palacio todo él de perlas de

varios matices: blancas, grises, sonrosadas; hasta el fogón de la cocina era de perlas negras.

Inútil es decir que siendo tan bella, reinando en una isla tan admirable, y poseyendo tales riquezas, la princesa Perlina tenía muchos pretendientes. Pero los tenía de lejos porque era punto menos que imposible llegar hasta ella.

Las olas que rodeaban la isla eran tan tumultuosas y traidoras que todo buque que hubiera intentado acercarse, se hubiera ido irremisiblemente a pique. Solo un hilo de seda, unía la isla a la tierra firme; pero era tan tenue aquel puente que el peso de un insecto bastaba para romperlo; si bien volvía a unirse en seguida pues estaba encantado como toda la isla.

A veces, la princesa, utilizando un caballo alado que era su montura predilecta, se iba a dar una vueltecita por el mundo; entonces sus adoradores acudían en tropel, pero en cuanto se acercaban, el caballo se elevaba por los aires. Un día, un pretendiente más ágil que los demás, logró de un salto (tengo entendido que se trataba de un equilibrista de circo) alcanzar al

fantástico animal; al punto la princesa le dijo sonriendo:

—Ya que has vencido a mi caballo, te concedo mi mano si me ayudas a apearme.

El joven, la cogió en sus brazos; pero ¡ay! él ignoraba que las alhajas de la princesa estaban encantadas también; ligeras sobre ella, adquirirían para un mortal cualquiera, un peso tal que el infeliz se desplomó, mientras que el caballo desaparecía por los aires con alegre relincho al que acompañaba una cristalina carcajada de la princesa.

En vista de todo esto, los pretendientes fueron escaseando y los pocos que quedaban se contentaban con admirar a Perlina de lejos, sin atreverse a acercarse; hasta que un día, en su excursión por el continente, la princesita fué vista de lejos por cierto joven que se hallaba cortando leña en un bosque y que se llamaba Bienvenido (así le pusieron sus papás cuando nació, sin duda porque se alegrarían de su llegada al mundo).

Bienvenido, como os podéis figurar, se enamoró perdidamente de aquella maravillosa aparición y echó a correr detrás de ella.

¡Ah! Pirulindas curiosas, ya queréis adivinar que Bienvenido logró vencer todos los obstáculos y casarse con la princesa.

No seáis tan impacientes; todavía han de sucederle al pobre leñador aventuras cuya descripción no me cabe en esta página. Seguramente,

a pesar de vuestra perspicacia y experiencia «cuentística» no las sospecháis siquiera; más, todo lo sabréis dentro de ocho días.

